

Judy Moody

está de mal
humor,
de muy
mal humor



Megan McDonald
Ilustrado por Peter H. Reynolds



ESPA
PDF

¡Te presentamos a Juddy Moody, al plasta de su hermano pequeño, Stink, a su mejor amigo Rocky y al pesado de Frank Pearl!

¡Menudos cambios de humor los de Judy Moody! Buen humor, mal humor, un humor de perros... sobre todo el día de la vuelta al colegio. Pero cuando el profesor Todd pide a la clase que cada uno haga un collage sobre sí mismo, Judy se lo pasa tan bien que casi se olvida de su mal humor. Durante un mes, tendrá que ir componiendo un collage que le permita explicar a los

demás cómo es ella, Judy Moody: su color favorito, lo más divertido que le haya pasado nunca, su mascota favorita, clubes a los que pertenece... El único problema es que no pertenece a ningún club. ¿Cómo se las ingeniarán Judy Moody y su mejor amigo Rocky para formar uno?



Megan McDonald

Judy Moody Está De Mal Humor, De Muy Mal Humor

Judy Moody - 1

ePUB v1.0

Staky 20.08.12

más libros en espaebook.com

Título original: *Judy Moody was in a mood. Not a good mood. A bad mood*

Megan McDonald, 2000

Traducción: Atalaire

Ilustraciones: Peter H. Reynolds

Diseño/retoque portada: Peter H.
Reynolds

Editor original: Staky (v1.0)

ePub base v2.0

Para mis hermanas Susan, Deborah,
Michele y Melissa
Megan McDonald

Para mi hija Sarah y su gato
Twinkles
Peter H. Reynolds

Quién es Quién

Judy



Todos conocen sus cambios de humor: sus miradas de trol son terribles... Cuando dice *Grrrr*, es mejor alejarse de ella.

Papá



El padre de Judy. Experto en crucigramas y puzzles.

Mamá



La madre de Judy. Está pendiente de todo. Tiene muy buen carácter. Le gustan las mascotas.

Stink



El hermano pequeño de Judy. La sigue a todas partes.

Mouse



La gata de los Moody. Un poco vieja y miedosa.

Rocky



El mejor amigo de Judy de toda la

vida.

Frank



Compañero de clase de Judy. Hace años que va detrás de ella.

Sr. Todd



Más conocido por Sr. Todo, es el mejor profesor de Tercero del mundo.

De muy mal humor

Judy Moody no quería que se acabara el verano. No le apetecía nada peinarse todos los días, ni aprenderse de memoria listas de palabras para luego deletrearlas, y menos todavía sentarse en clase con el pelma de Frank Pearl.

Judy Moody estaba de mal humor. De muy mal humor.

Ni siquiera pensar en sus lápices nuevos Gruñón conseguía sacarla de la cama.

—¡Hoy empieza el colé! —canturreó su madre—. Así que a levantarse y a

vestirse.

Judy se echó la manta por encima y metió la cabeza debajo de la almohada.

—¿Me has oído, Judy?

—¡Grrr! —contestó.

Tendría que acostumbrarse a una clase nueva y también a una mesa que no tuviera su nombre escrito en una pegatina, como la del curso pasado. Tampoco habría un erizo llamado Roger en la clase.

Y seguro que tendría la mala pata de que la pusieran otra vez en primera fila, con lo que el señor Todd la vería cada vez que pasase un mensaje a Rocky, su mejor amigo. La madre volvió a asomar

la cabeza por la puerta de su habitación:

—No te olvides de peinarte, ¿vale?

Otra de las peores cosas del primer día de clase era que todo el mundo volvía del verano con camisetas en las que ponía: DISNEY WORLD O SEA WORLD O JAMESTOWN: TIERRA DE POCAHONTAS. Judy rebuscó en todos los cajones, incluso en el de los jerséis y el de la ropa interior... Nada, no había camisetas con dibujos.

Al final, se puso un pantalón de pijama con rayas de tigre y arriba una vieja camiseta lisa.

—¡Se ha puesto un pijama! —se sorprendió su hermano Stink cuando la

vio bajar—. ¡No se puede ir al colegio en pijama!

Stink se pensaba que ya lo sabía todo porque iba a empezar Segundo. Judy lo fulminó con una de sus famosas miradas de trol.

—Puede cambiarse después de desayunar —dijo la madre.

—He hecho huevos fritos por ser el primer día de clase —cambió de tema el padre—. Tienes pan para untar.

A Judy no le hizo ninguna ilusión, además se le había roto la yema. Puso el huevo temblón en la servilleta que tenía sobre las piernas para que se lo comiera Mouse.

—Se ha acabado el verano y yo sin ir a ninguna parte —se quejó Judy.

—Has ido a casa de la abuela Lou —contestó su madre.

—Pero eso es un rollo, está aquí mismo, en Virginia. Además, no he comido perritos calientes, ni he montado en la montaña rusa, ni he visto ballenas...

—Pero sí has montado en los coches de choque —repuso la madre.

—Ya, de bebés. Los del centro comercial...

—Y has ido de pesca y has comido tiburón —continuó el padre.

—¿Ha comido tiburón? —preguntó

Stink.

—¿Que he comido tiburón? —
repitió Judy.

—Sí. ¿Te acuerdas de lo que
compramos en el mercado porque no
habíamos pescado nada?

—¡He comido tiburón! —exclamó
Judy Moody.

Se fue corriendo a su cuarto y se
quitó la camiseta. Sacó un rotulador de
punta gorda y dibujó un tiburón con la
boca abierta y llena de dientes. HE
COMIDO TIBURÓN, escribió en
mayúsculas.

Judy salió disparada al autobús, sin
esperar a Stink ni tampoco a que su

padre le diera un beso ni su madre un abrazo. Tenía prisa por enseñar su nueva camiseta a Rocky.

Ya casi se había olvidado de su mal humor, cuando vio a su amigo practicando trucos de magia con las cartas en la parada del autobús. Llevaba una camiseta azul con unas letras muy bonitas y un dibujo de la montaña rusa del Monstruo del Lago Ness.

—¿Te gusta mi camiseta nueva? —preguntó él—. Me la compré en el Jardín Botánico.

—Pues no —dijo Judy, aunque sí que le había gustado.

—Pues a mi tu tiburón, si —y como

ella no contestó nada, pregunto—:
¿Estás enfadada o qué?

—O qué —repitió Judy Moody.

¡Grrr!

El profesor, el señor Todd, estaba en la puerta dando la bienvenida a todos cuando Judy llegó a la clase de Tercero.

—Hola, Judy.

—Hola, señor Todo —saludó ella partiéndose de risa.

—A ver, todos, haced el favor de colgar las mochilas en las perchas y dejar los bocadillos en las cajoneras.

Judy Moody echó un vistazo a la clase.

—¿Tienes un erizo que se llame Roger? —le preguntó al profesor.

—Pues no, pero tenemos una tortuga que se llama Tucson. ¿Te gustan las tortugas?

¡Que si le gustaban! Pero se contuvo.

—No, me gustan las ranas.

Volvió a reírse otra vez.

—Rocky, tú siéntate junto a la ventana y tú, Judy, aquí delante —indicó el señor Todd.

—Ya lo sabía yo... —dijo Judy, desilusionada.

Examinó su nuevo pupitre de la primera fila. Nada de pegatinas con su nombre.

Para colmo y como se esperaba, a su lado pusieron a Frank Pearl, famoso por

tomar cola de pegar. Miró de reojo a Judy y le enseñó cómo podía doblarse el pulgar; después Judy le sacó la lengua enrollada.

—¿A ti también te gustan los tiburones? —preguntó él, pasándole un sobre blanco con su nombre.

Frank no la dejaba en paz desde que bailaron juntos en la fiesta de primavera de la escuela infantil. En Primero, le envió cinco tarjetas por San Valentín. En Segundo, le llevó pasteles en Halloween y el Día de Acción de Gracias. Y ahora, el primer día de Tercero, le venía con una invitación a su fiesta de cumpleaños. Judy miró la fecha ¡y resulta que todavía

faltaban tres semanas! ¡Ni un tiburón podía desanimarlo!

—¿Me dejas mirar tu mesa? — preguntó Judy.

Él se apartó. Ni rastro de cola de pegar.

El señor Todd se puso en mitad de la clase. En la pizarra había escrito con letras grandes: PIZZA CON DOBLE DE QUESO.

—¿Vamos a comer pizza? — preguntó extrañada Judy.

—No, vamos a hacer un ejercido — el señor Todd se llevó el dedo a las labios como si fuera un secreto—. Ya veréis. ¡Venga! ¡A ver, todos! ¡Escachad!

Vamos a hacer algo diferente para empezar el curso, y así conocernos mejor. Vais a preparar un collage sobre vosotros, sobre cómo sois. Podéis dibujar o recortar fotos, y pegar en el collage lo que os apetezca, con tal de que sirva para que los demás sepan qué os gusta.

¡Un collage sobre uno mismo! A Judy le sonó a chiste, pero no dijo nada.

—Entonces ¿no hay que dibujar el árbol de familia? —preguntó Jessica Finch.

—Voy a pasaros una lista con ideas sobre lo que podríais incluir, como vuestra familia. También os daré una

carpeta para guardar las cosas que queráis poner en vuestro collage. Nos dedicaremos a esto hasta el mes que viene. A finales de septiembre cada uno tendrá la oportunidad de contar a los demás quién es.

En las clases de Matemáticas y de Sociales, Judy no pensó más que en una cosa: en sí misma. Judy Moody, la estrella de su propio collage. A lo mejor Tercero no iba a ser un curso tan malo. —A ver, todos. Ahora toca Lengua.

—Puaf, Lengua —dijo Judy en voz baja volviendo a ponerse de mal humor.

—Puaf, Lengua —repitió Frank Pearl. Judy le puso los ojos bizcos.

—Sacad una hoja de papel y escribid cinco palabras con las letras que hay en la pizarra: PIZZA CON DOBLE DE QUESO.

«¿Mola Lengua, eh?», decía la nota que Frank acababa de pasarle a Judy.

«No», se escribió ella en la mano, y se la enseñó.

Judy sacó los lápices Gruñón. Todos llevaban pintada una cara de mal genio. En la caja ponía: «LÁPICES GRUÑÓN, para cuando estés de un humor de perros. ¿Habías visto alguna vez unos lápices que parecen haberse levantado de la cama con el pie izquierdo?».

Perfecto. Los lápices Gruñón podían

inspirarla. Encontró las palabras «pino», «pico» y «palo» escondidas en lo que había escrito el señor Todd en la pizarra. Sin embargo, apuntó: (1) no (2) no (3) no (4) no y (5) no.

—¿Quién quiere decir las palabras que ha encontrado? —preguntó el profesor.

Judy levantó la mano como un resorte.

—A ver, Judy.

—¡NO, NO, NO, NO, NO!

—Eso es sólo una palabra. Hacen falta cuatro más. Ven a escribirlas a la pizarra.

Judy Moody no escribió «pino»,

«pico» o «palo», sino «queda» y «débil».

—¡También «mona»! —gritó Rocky.

—No hay «m» —dijo Frank Pearl.

Judy escribió «bizco».

—Otra palabra más —dijo el señor Todd.

«Lobo».

—¿Sabes formar una frase con esas palabras, Judy? —preguntó el señor Todd.

«El lobo débil queda bizco».

La clase soltó una carcajada. Frank se rió tan fuerte que le salió un ronquido.

—Vaya, Judy... Parece que no estás

de muy buen humor hoy —se percató el señor Todd.

—No... ¡Grrr! —dijo Judy Moody.

—¡Pues qué pena! Iba a preguntar si alguien quería bajar al despacho y subir la pizza. Es una sorpresa de bienvenida.

—¿Pizza? ¡Pizza! ¿De verdad? —la clase bullía de emoción.

Judy Moody quería subir la pizza para quedarse con ese plástico en forma de mesa que ponen para que la masa no se pegue a la tapa de la caja.

—Entonces ¿quién quiere subir la pizza hoy? —pregunto el señor Todd.

—¡Yo! —chilló Judy.

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!—gritaron

todos a la vez, sacudiendo las manos y saltando.

Rocky levantó la mano sin decir ni pío.

—¿Quieres subir tu la pizza, Rocky?

—¡Claro!

—¡Qué cara! —dijo Judy.

Cuando Rocky volvió con la pizza, todos comenzaron a comer en silencio sus diminutas porciones mientras escuchaban al señor Todd leer un libro sobre un perro que comía pizza con chorizo.

Cuando termino de leer, Judy le pregunto:

—Señor Todd, ¿puedo quedarme con

la mesita de la pizza?

—Más que una mesita, es una miniatura. No se me había ocurrido...

—Es que las colecciono —explicó Judy.

La verdad es que todavía no había empezado. Hasta la fecha había coleccionado veintisiete mariposas nocturnas muertas; un puñado de costras; una docena de palillos de dientes; cientos de tiritas de fantasía (porque necesitaba la tapa de los estuches); una caja llena de partes de cuerpos (¡de muñecas!), entre las cuales había tres cabezas de la Barbie; y cuatro gomas de borrar sin estrenar, en forma de bate de

béisbol.

—Vamos a hacer una cosa —
propuso el señor Todd—. Te la daré si
eres capaz de venir mañana a clase de
buen humor. ¿Qué te parece?

—Bien... Sí, sí, sí, sí, ¡SÍ!

Dos cabezas mejor que una

Judy estaba enseñando a Mouse a caminar sobre las patas traseras, cuando llamaron por teléfono.

—¿Diga?

No contestó nadie.

—¿Diga? —repitió Judy al vacío.

—¿Eres tú, Judy? ¿Te dejan venir a mi fiesta? —preguntó Frank Pearl. ¡Pero si le acababa de dar la invitación hacía tan sólo dos días!

—Se ha confundido de número —respondió rápidamente Judy, y colgó.

Agitó delante de Mouse la mesita de pizza colgada de un hilo. El teléfono volvió a sonar.

—¿Es la casa de los Moody?

—Ahora no, Frank. Estoy en medio de un importante experimento.

—De acuerdo. Adiós.

El teléfono sonó por tercera vez.

—El experimento aún no ha terminado —chilló Judy por el auricular.

—¿Qué experimento? —preguntó Rocky.

—Da igual —dijo Judy.

—Vayamos a Vic's —propuso Rocky—. Quiero comprar cosas para mi collage.

Vic's era el supermercado situado al final de la cuesta, donde había una máquina de la suerte que daba unos premios molones, como calcomanías y trucos de magia.

—Espera que pregunte —y se volvió hacia su madre—. Mamá, ¿puedo ir a Vic's con Rocky?

—Claro.

—¡Claro! —repitió Judy, tirando la mesita de la pizza a Mouse.

—Yo también voy —soltó Stink.

—No, tú no.

—Puede ir perfectamente con Rocky y contigo —la madre le dirigió una mirada que lo decía todo.

—Pero es que no sabe cruzar China y Japón por el camino —protestó Judy.

Sólo Rocky y Judy sabían que el primer paso de cebra era China y el segundo, Japón.

—Seguro que podéis enseñarle —propuso la madre.

—¡Enséñame! —suplicó Stink.

—Nos vemos en la alcantarilla —confirmó Judy por el auricular.

La alcantarilla quedaba justo a mitad de camino entre las casas de Judy y Rocky, lo habían medido en verano con una cuerda muy larga.

Salió disparada por la puerta y Stink la siguió.

Rocky tenía un dólar; Judy, otro más y Stink, seis centavos.

—Juntando todo el dinero tenemos para ocho premios —dijo Rocky.

—Dos cabezas son mejor que una. ¿Lo pillas? —se rió Judy, mientras estiraba el billete que había sacado del bolsillo y señalaba la cabeza de George Washington.

—Pues yo tengo seis cabezas —añadió Stink, enseñando los centavos.

—¡Porque eres un monstruo! ¿Te enteras? —Judy y Rocky soltaron una carcajada.

Pero con eso, Stink no tenía suficiente ni para una chuchería...

—Se os van a picar los dientes como os comáis ocho chucherías — insistió Stink—. Dadme dos a mí, por lo menos.

—Es para un premio —le dijo Judy.

—Con dos dólares tenemos la posibilidad de ganar un truco de magia —explicó Rocky—. Me hace falta uno para el collage.

—¡Eh, espera!... —le interrumpió Judy—. Acabo de acordarme. Necesito mi dólar para comprar tiritas.

—Las tiritas son un rollo —saltó Stink—. Además ya tienes un montón. Papá dice que tenemos en el cuarto de baño más tiritas que la Cruz Roja.

—Pero es que yo quiero ser médica. ¡Como Elizabeth Blackwell, la primera mujer médica de Estados Unidos! Construyó su propio hospital. Sabía operar y curar y todo eso.

—¡Y todo eso! ¡Puaf! —se burló Stink.

—Te has pasado todo el verano juntando tapas de cajas de tiritas —intervino Rocky—. Creía que con eso bastaba para que te enviaran la muñeca.

—Claro. Y ya la pedí en julio, pero todavía estoy esperando a recibirla. Lo que necesito ahora es un microscopio. ¡Con él se puede mirar la sangre, las costras y todas esas cosas!

—¿Cuándo llegamos a China? —
preguntó de repente Stink.

—Todavía estamos en la calle
Jefferson —le explicó Rocky.

—Pues vamos a buscar piedras hasta
que lleguemos a China —propuso Stink.

—Vale, a ver quién encuentra la
mejor —a Rocky le pareció bien la idea.

Los tres se pusieron a mirar el suelo
mientras caminaban. Judy encontró cinco
guijarros rosas y una papeleta de la
suerte que decía: «Te va a llegar
dinero». Rocky encontró una pieza azul
de Lego y una piedra con un agujero en
el centro, ¡una piedra de la suerte...!

—¡He encontrado un diamante

negro! —exclamó Stink.

—Es carbón —contestó Judy.

—Vidrio —rectificó Rocky.

—¡Espera! —se dirigió Judy a Rocky poniendo los ojos bizcos—. Creo que es una roca lunar. ¿Verdad, Rocky?

—Sí, está muy claro.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque tiene cráteres —le explicó Judy a su hermano.

—¿Y cómo ha llegado aquí? —preguntó éste, incrédulo.

—Ha caído del cielo.

—¿De verdad?

—De verdad —respondió Rocky—.

Tengo una revista donde cuentan que una

vez cayó una roca lunar y formó un agujero en Arizona.

—Y el profesor nos enseñó el curso pasado una roca lunar que había golpeado a un perro en Egipto. En serio, tienes mucha suerte —contó Judy—. Las rocas lunares tienen millones de años de antigüedad.

—Según mi revista, por fuera son de polvo y por dentro brillan —añadió Rocky.

—Entonces sólo hay una manera de asegurarnos de que es una roca lunar —Judy buscó una piedra grande por los alrededores. Luego golpeó la de Stink y dejó la roca lunar hecha pedazos.

—¡La has machacado! —Stink protestó muy enfadado.

—¡Mira, creo que he visto brillar algo! —gritó Rocky.

—Stink, has encontrado una roca lunar de verdad, que sí —le animó Judy.

—¡Ya no es una roca lunar!

—Bueno, ahora tienes algo mejor que una roca lunar —dijo Judy.

—¿El qué?

—Montones y montones de polvo lunar.

Judy y Rocky se tiraban por el suelo de la risa.

—Me voy a casa —Stink recogió a puñados la roca machacada, llenándose

los bolsillos de tierra.

Judy y Rocky siguieron riéndose hasta China, corrieron de espaldas a Japón y después fueron a la pata coja dándose palmadas en la cabeza hasta que llegaron a Vic's.

Una vez allí, juntaron el dinero para comprar una caja de tiritas y aún les sobró para una chuchería a cada uno. No les tocó ningún truco de magia para el collage de Rocky, ni un trol, ni un cómic en miniatura, ni una calcomanía.

—A lo mejor pongo una chuchería en mi collage —dijo Rocky—. ¿Vas a poner tiritas en el tuyo?

—Buena idea, oye.

—Nos quedan cinco centavos, ¿por qué no le compramos un chicle a Stink?

Cuando llegaron frente a la casa de los Moody, Stink les salió al encuentro con un montón de monedas tintineándole en los bolsillos. Había puesto en la puerta un tenderete con bolsas de las de llevar el almuerzo.

—¿Sabéis qué? —gritó Stink—. ¡Desde que volví a casa he ganado tres dólares!

—Imposible —gruñó su hermana.

—Enséñanoslos —exigió Rocky, sin creérselo del todo.

Stink se vació los bolsillos. Contaron doce monedas de veinticinco

centavos.

—¿Qué hay en las bolsas? —
preguntó entonces Judy—. Ha debido de
comprarlo toda la gente de Virginia.

—Eso, ¿qué es lo que vendes?

—Polvo lunar —sonrió Stink.

Mi mascota favorita

Cómo era el Día del Trabajo, no había clase, Judy levantó la vista del collage que estaba haciendo sobre la mesa del comedor.

—Necesitamos una mascota nueva —anunció a toda la familia.

—¿Una mascota nueva? ¿Hay algún problema con Mouse? —preguntó la madre. Mouse abrió un ojo.

—Tengo que elegir MI MASCOTA FAVORITA ¿Cómo voy a hacerlo si sólo tengo una?

—Pues elige a Mouse.

—Mouse es muy vieja y le da miedo todo. Es una mata de pelo que ronronea.

—Espero que NO estés pensando en un perro —intervino el padre.

Mouse saltó de la silla y se estiró.

—A Mouse no le gustaría nada —dijo Judy.

—¿Y un pez de colores? —sugirió su hermano.

Mouse se frotó contra la pierna de Judy.

—Eso sí que le gustaría a Mouse. Pero yo había pensado en un perezoso.

—Bien —dijo Stink.

—Son estupendos —Judy le enseñó a su hermano una foto de una revista

sobre bosques tropicales—. ¿Ves? Se pasan el día colgados cabeza abajo. Hasta duermen cabeza abajo.

—Tú sí que estás cabeza abajo —le contestó Stink.

—¿Qué comen? —preguntó el padre.

—Aquí pone que comen hojas y vegetales, en general.

—¡Qué fácil! —exclamó Stink.

—Judy, ¿por qué no vamos a la tienda de mascotas? No digo que encontremos un perezoso, pero siempre viene bien echar un vistazo —y mirando su crucigrama, el padre añadió—: A lo mejor me sirve para descubrir un pez de cinco letras que empieza por G.

—Pues vamos todos —propuso la madre.

Judy vio serpientes, loros, cangrejos ermitaños y peces tropicales en la tienda de mascotas. Hasta vio un pez globo.

—¿Tienes perezosos? —preguntó a la señora de la tienda.

—Lo siento. Ya no quedan.

—¿Qué te parece un tritón o una tortuga? —preguntó el padre.

—¿Has visto los hámsteres? —la madre señaló la jaula donde estaban.

—No me interesan. Aquí no hay nada del bosque tropical.

—A lo mejor tienen algún insecto extraño —dijo Stink.

—Contigo tengo bastante —Judy entrecerró los ojos al mirarle.

Eligieron un ratón sonoro de juguete para Mouse. Al ir a pagarlo, Judy se fijó en una planta verde con dientes que había en el mostrador.

—¿Qué es esto? —preguntó a la dependienta.

—Una Venus atrapamoscas. ¿Ves esos cosas que parecen bocas con dientes? Pues se cierran como trampas. Con el olor que desprende atrae a los insectos y se los come. También puedes darle una pizca de hamburguesa cruda.

—¡Qué curioso!

—¡Cómo mola! —se sorprendió

Stink.

—Buena idea —aprobó la madre.

—Nos la llevamos —su padre se dispuso a pagarla.

* * *

Judy colocó la nueva mascota en la mesa de su cuarto, para que le diera la luz. Mouse miraba desde su cesta con un ojo abierto.

—¡Qué ganas tengo de llevar a clase mañana la nueva mascota para la puesta en común! Parece una planta rara del bosque tropical.

—¿Ah sí? —preguntó Stink.

—Pues claro. Figúrate. Puede ser que haya alguna medicina escondida en esos dientes verdes. Cuando sea médica, voy a estudiar estas plantas y descubriré la curación de enfermedades raras.

—¿Cómo la vas a llamar?

—Todavía no lo sé.

—Como le gustan los insectos, puedes llamarla Cabeza de Insecto.

—¡Bah!

Judy regó su mascota nueva, le echó abono en la tierra y cuando se fue Stink, le contó una canción. No se le ocurría ningún nombre que le gustase. Rompecachos era demasiado largo... tal vez Cosa.

—¡Stink! —gritó—. Tráeme una mosca.

—¿Cómo la cazo?

—Una mosca. Te daré diez centavos.

Stink echó una carrera hasta la ventana de detrás del sofá y volvió con una mosca.

—¡No vale! Está muerta.

—Se iba a morir enseguida de todas formas.

Judy levantó la mosca muerta con la punta de una regla y la dejó caer en una de las bocas de la planta. La trampa se cerró al momento, tal como había dicho la señora de la tienda.

—¡Qué curioso! —exclamó Judy.

—¡Toma ya!

—Ahora tráeme una hormiga. Pero que esté viva.

Stink quería volver a ver comer a la Venus atrapamoscas, así que fue a por una hormiga para su hermana.

—¡Toma ya! —gritaron los dos en cuanto se cerró la trampa.

—Es de lo más curioso. Stink, busca una araña o algo así.

—Ya estoy cansado, ¿eh?

—Pues pregúntale a papá o a mamá si tenemos hamburguesas crudas.

Stink puso mala cara.

—Porfa, porfa, y te doy un chicle —suplicó Judy—. Y te dejo darle de

comer.

Su hermano corrió a la cocina y volvió con un pedazo de hamburguesa cruda. Metió un trozo grande en la trampa abierta.

—¡Eso es mucho! —chilló Judy cuando ya era demasiado tarde.

La boca se cerró y la hamburguesa se le salía por entre los dientes y caía a la tierra.

—¡¡La has matado!! Te la vas a cargar, Stink. ¡MAMÁ! ¡PAPÁ!

Judy mostró a sus padres el estropicio.

—¡Stink ha matado a mi Venus atrapamoscas!

—Ha sido sin querer... ¡La trampa se cerró muy deprisa!

—No está muerta. Está haciendo la digestión —intervino el padre.

—Seguro que mañana por la mañana abre la boca —dijo conciliadora la madre.

—A lo mejor está durmiendo o algo así —Stink se mostraba algo más esperanzado.

—O algo así —repitió Judy de muy mal humor.

Mi mascota maloliente

Llegó la mañana siguiente. La boca de la planta seguía cenada. Judy trató de abrirla con una hormiga recién capturada.

—Toma —le dijo poniendo vocecita de bebé—. Te gustan las hormigas ¿a que sí?

Pero la boca no se abrió ni un milímetro. La planta no movió ni un zarcillo. Judy lo dejó por imposible. Metió con cuidado la planta en la mochila para llevarla al colegio, con el apestoso trozo de hamburguesa y todo.

En el autobús, le enseñó su mascota nueva a Rocky.

—Me moría de ganas de enseñarles a todos cómo come, pero ya no se mueve. Y además huele.

—¡Ábrete Sésamo! —ordenó Rocky, por emplear alguna fórmula mágica. No sucedió nada.

—A lo mejor se abre con el meneo del autobús —dijo Judy.

Pero ni siquiera eso hizo que su mascota nueva se recuperara.

—Si se me muere, MI MASCOTA FAVORITA sólo puede ser Mouse —se quejó Judy.

Cuando llegaron, el señor Todd

propuso nada más empezar la clase:

—A ver, todos, sacad las carpetas de vuestro collage. Voy a daros revistas antiguas para que recortéis fotos durante la próxima media hora. Os quedan tres semanas, pero quiero ver cómo va lo que estáis haciendo.

¡El collage! Estaba tan concentrada en su mascota nueva que se había olvidado de llevar la carpeta al colegio.

Judy Moody miró la carpeta de Frank Pearl por el rabillo del ojo. Había recortado fotos de macarrones (comida favorita), hormigas (mascota favorita) y zapatos. ¿Cómo que zapatos? ¿Es que los zapatos eran los mejores amigos de

Frank?

Judy miró su mochila abierta al lado de la silla. La planta seguía con la boca cerrada, pero la mochila entera apestaba. Judy quitó la pajita del zumo y sopló a la Venus atrapamoscas. Ni por éstas. ¡No le iba a dar tiempo a abrirse para la exposición!

—¿Qué me dices? —preguntó Frank.

—¿Qué me dices de qué?

—Que si vas a venir.

—¿Adónde?

—A mi fiesta de cumpleaños. Este sábado que viene no, al otro. Van a venir todos los chicos de nuestra clase. Y mis vecinas Adrian y Sandy.

A Judy Moody le importaba un bledo que fuera el presidente en persona. Olió la mochila. ¡Menuda peste!

—¿Qué llevas en la mochila? — preguntó Frank.

—Lo que a ti no te importa.

—¡Huele a pescado podrido! — exclamó su compañero.

Judy deseó que la Venus atrapamoscas resucitara y le diera tal mordisco a Frank que no celebrase más cumpleaños.

En ese momento, el señor Todd se acercó y le dijo:

—No has recortado fotos, Judy.
¿Tienes la carpeta?

—Pues... o sea... estaba... entonces... es que... no. Anoche me compraron una mascota nueva.

—No irás a decirme que la mascota te comió la carpeta.

—No exactamente. Pero se comió una mosca muerta y una hormiga viva. Y después un trozo de...

—La próxima vez, no te olvides de traer la carpeta a clase, Judy. Oídme todos, mantened las deberes fuera del alcance de los animales.

—Mi mascota nueva no es un animal señor Todd. Ni come deberes, sólo... insectos y hamburguesa cruda.

Sacó la Venus atrapamoscas de la

mochila. ¡Judy no se lo podía creer! Ya no tenía el tallo mustio y la boca estaba bien abierta, como si tuviera hambre.

—¡Os presento a Mandíbulas! — exclamó Judy—. MI MASCOTA FAVORITA.

Doctota Judy Moody

¡Por fin! Lo único que podía superar a Mandíbulas era recibir por correo una gran caja marrón a nombre de la DOCTORA JUDY MOODY. Ahora sí que estaba de humor para operar.

—¿Puedo abrirla? —preguntó Stink, saliendo del fuerte que había hecho en el armario.

—¿Qué pone aquí? —Judy señaló la etiqueta.

—Doctora Judy Moody.

—Exacto. Reuní todas las tapas de las cajitas.

—¡Pero yo te traje unas de la enfermera del colegio! —protestó Stink.

—De acuerdo. Puedes ir a por las tijeras.

Stink se las trajo y Judy cortó la cinta adhesiva y abrió las solapas. Mouse se enredó una pata con la cinta. Stink metió las narices de por medio.

—¡Stink! ¡Estoy en plena operación!

Judy retiró el envoltorio de papel y sacó la muñeca.

¡Por fin! Judy la tomó en brazos y le acarició el pelo sedoso y suave. Llevaba unos lazos preciosos en el vestido de hospital azul y blanco, y un brazalete de hospital.

—Se llama Sara Secura —leyó Judy.

—¿Hace algo?

—Aquí dice que, si le das al botón de la cabeza, se pone enferma. Y si le vuelves a dar al botón, se cura. ¿Te enteras?

Judy apretó el botón de la cabeza hasta que le cambió la cara a la muñeca.

—¡Tiene sarampión! —exclamó Stink.

—También habla cuando la abrazas —y abrazó a la muñeca.

—¡Tengo sarampión! —dijo Sara Secura.

Judy apretó el botón hasta que puso otra cara. Y volvió a darle un abrazo.

—¡Tengo varicela! —se quejó ahora Sara Secura.

—Mola —afirmó Stink—. Una muñeca enferma. Con tres caras.

Judy volvió a apretar el botón y abrazó a la muñeca.

—¡Ya estoy mejor! —dijo Sara.

—¿Puedo ponerla enferma y luego bien? —preguntó Stink.

—No. La médica soy yo —Judy abrió el maletín de médico—. Al menos tengo alguien con quien practicar.

—Pero si siempre practicas conmigo.

—Alguien que no se queje.

—Tú también te quejarías si tuvieras

que soportar una lámpara y te llenaran de vendas. ¿Por qué no puedo ser yo Elizabeth Blackwell, la primera mujer médica?

—Por la sencilla razón de que eres chico.

—¿Puedo ponerle el brazo en cabestrillo?

—No.

Judy colocó el otoscopio en la oreja de Sara y encendió la luz.

—¿Puedo sacar la sangre de tu maletín?

—Shh, no oigo —puso el estetoscopio a Sara y después a Stink en el pecho—. Hmmm.

—¿Qué? ¿Qué oyes?

—El latido del corazón. Eso sólo puede significar una cosa.

—¿Cuál?

—¡Que estás vivo!

—¿Puedo escuchar los latidos?

—Está bien, está bien. Pero antes tráeme un vaso de agua para mezclar la sangre.

—Tráelo tú.

—No toques nada hasta que yo vuelva. Ni respire.

Stink pulsó el botón de la cabeza de la muñeca en cuanto Judy se dio inedia vuelta. Volvió a apretado: varicela, sarampión, varicela, sarampión,

varicela. Stink giró la cabeza para todos los lados cada vez más deprisa.

—¡Uyuyuiii! —se sorprendió.

—¿Qué? —preguntó Judy al volver con un vaso rebosante de agua.

—Se le ha atascado la cabeza.

Judy le quitó a Sara Secura.

—¡Tengo varicela! —dijo Sara.

Judy quiso apretar el botón, pero estaba atascado de verdad. No había manera de moverlo por más que apretase y tirase.

—¡Tengo varicela! ¡Tengo varicela!
—repetía Sara Secura sin parar.

—¡Se ha quedado atascada en la varicela! —se quejó Judy.

—No ha sido culpa mía.

—¡Ha sido por tu culpa! Ahora ya no se curará nunca —Judy le tomó el pulso a Sara, le escuchó el corazón y le puso la mano en la frente por si tenía fiebre—. ¡Mi primer paciente y resulta que va a tener varicela toda la vida!

Judy llevó la muñeca a su madre, pero ella no pudo desatascar el botón, ni su padre tampoco consiguió mover la cabeza por más fuerza que hizo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó el padre.

—Sólo se me ocurre una cosa.

—¿Ponerle una inyección? —sugirió la madre.

—No. ¡Tiritas!

—¡Mola! —dijo Stink.

Así que pusieron tiritas con dibujos en todos y cada uno de los granos que Sara Secura tenía en la cara. Y luego por todo el cuerpo. Había tiritas de especies en extinción, dinosaurios, tatuajes, sirenas y coches de carreras, incluso tiritas fosforescentes de ojos inyectados en sangre.

—Así no se rascará —concluyó la doctora Judy.

—Me alegro de que hayas resuelto un caso tan urgente —la felicitó su padre.

Judy hizo un último intento de girar

la cabeza de la muñeca. No tiró ni se la retorció. Simplemente, apretó muy despacio y con mucho cuidado el botón. Sara movió la cabeza y volvió a aparecer su cara sonriente y sin varicela.

—¡La he curado! —Judy abrazó a la muñeca con un chillido.

—¡Ya estoy mejor! —dijo Sara Secura.

—¡Como nueva! —exclamaron el padre y la madre a la vez.

—Me alegro de que no le salieran granos con la fiebre. ¡No habría tenido tiritas suficientes para taparlos!

El club RM

—Creo que va a llover durante cuarenta días y cuarenta noches — anunció Stink.

Judy estaba colgando la manta de la litera de arriba para hacerse una cubierta de bosque tropical sobre la litera de abajo. Después puso a Mandíbulas en la litera de arriba, para darle más realismo a la jungla. Mucho mejor que un perezoso. Se tumbó en la cama y desplegó el collage que estaba haciendo. Mouse se puso a su lado.

—No me echas pelos en el collage

—le advirtió Judy.

Stink metió la cabeza por entre las mantas.

—¿Quién es ésa, toda despeinada?
—preguntó señalando el collage.

—Yo de mal humor el primer día de clase.

—¿Por qué no salgo yo? ¿Es que no les hace falta conocer a los hermanos?

—A los plastas, querrás decir —y señaló un poco de tierra pegada en el ángulo inferior izquierdo.

—¿Es que yo soy tierra?

Judy soltó una carcajada.

—Eso es por vender polvo lunar —le explicó.

—¿Qué es ese borrón? ¿Sangre?

—El rojo. MI COLOR FAVORITO.

—¿Son ésas las tiritas de tela de araña? ¿De dónde has sacado la goma brillante? ¿Puedo traer mis alas de murciélago y ponerlas ahí con goma brillante?

Su hermano pequeño, el monstruo de los murciélagos, se estaba convirtiendo en un auténtico Frank Pearl.

—No hay sitio, Stink. Éste es un trabajo serio y no me quedan más que dos semanas para Terminarlo.

Judy recortó una foto de Sara del anuncio que venía en una revista y lo pegó en el rincón de la médica, justo al

lado del dibujo de Elizabeth Blackwell que había copiado de una enciclopedia.

Echó un vistazo a la lista de ideas del señor Todd para el collage.

CLUBES. «No soy miembro de ningún club», pensó Judy. Así que ésa no le servía.

AFICIONES. Su afición favorita era coleccionar. Pero no podía poner una costra o una cabeza de Barbie en el collage. Pegó con cinta adhesiva la mesita de la pizza de su última colección, la que le había dado el profesor.

LO PEOR QUE ME HA PASADO. No se le ocurría nada. A lo mejor es que

no le había pasado todavía.

LO MÁS DIVERTIDO QUE ME HA PASADO. Se acordó de la vez que dio unos golpes misteriosos en la pared del cuarto de Stink para darle un susto. Pero ¿cómo iba a poner eso en un collage?

Judy estuvo dándole vueltas hasta que dejó de llover de una vez. Entonces llamó a Rocky.

—Nos vemos en la alcantarilla dentro de cinco minutos —le dijo.

Rocky se puso la camiseta de boa constrictor y Judy también.

—¡Igual-igual! —exclamaron los dos al verse, chocando las manos dos veces, al estilo de cuando hacían lo

mismo los dos.

Se quedaron encima de la alcantarilla.

—¿Qué crees que hay debajo de la calle? —preguntó Rocky.

—Montones y montones de gusanos.

—Vamos a buscar algunos y los echamos ahí abajo —propuso él.

—¡Qué porquería!

—Podemos buscar arco iris en los charcos.

—Muy cansado.

—Escucha. Oigo ranas. ¡Podríamos buscar ranas!

Rocky corrió hacia su casa para traer un cubo. Cuando volvió,

acorralaron a una rana y la atraparon.

—¡Te pillé! —Judy la tomó en sus manos—. Es suave y rugosa a la vez, pero no viscosa. Mola.

De pronto, sintió algo cálido y húmedo en la mano.

—¡Puaf! ¡La rana me ha meado! —la tiró al cubo.

—Seguro que está mojada por la lluvia —la tranquilizó Rocky.

—¿Ah sí? Pues agárrala tú.

Y Rocky lo hizo, la tomó en sus manos. Era suave, rugosa pero no viscosa y molaba, todo a la vez.

En ese momento Rocky sintió algo cálido y húmedo en la mano.

—¡Puaf! Ahora la rana me ha meado a mí —volvió a tirarla al cubo.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Judy—. ¡Es increíble que nos haya pasado lo mismo a los dos!

—¡Igual-igual! —se alegró Rocky y chocaron dos veces la mano—. Es como si fuésemos miembros del mismo club. Un club secreto que sólo conociésemos nosotros dos.

—Ahora podemos poner un club en nuestros collages —sugirió Judy.

—¿Y cómo lo llamamos?

—¡El club de la Rana Meona!

—¡Qué raro!... Podemos poner el club RM en los collages. La gente se

creerá que es el club del río Misisipí.

—Perfecto...

—Eh, ¿qué estáis haciendo vosotros dos? —interrumpió Stink, que venía corriendo por la acera con unas botas que le quedaban grandes.

—Nada —contestó Judy, secándose las manos en el pantalón.

—Algo estáis haciendo. Lo sé por tus cejas de oruga.

—¿Qué cejas de oruga?

—Se te ponen cejas de oruga cuando no quieres contarme algo.

Judy Moody no tenía ni idea de que tuviese cejas de oruga.

—Sí, de oruga que pica.

—Hemos fundado un club —
sentenció Rocky.

—Un club secreto —añadió Judy
enseguida.

—Me gustan los secretos. Quiero ser
del club.

—No puedes ser del club sin más —
dijo Judy—. Tiene que pasarte una cosa.

—Quiero que me pase esa cosa a mí
también.

—No, no puedes querer eso.

—Es asqueroso —intervino Rocky.

—¿Qué?

—Déjalo —interrumpió Judy.

—Tienes que agarrar esa rana —le
explicó Rocky a Stink.

—Es una broma ¿verdad?...
Hacerme tocar una rana viscosa y
rugosa...

—Exacto —confirmó Judy.

Stink tomó la rana.

—Eh, parece... interesante. Como
algo en escabeche. Nunca había tocado
una rana. ¿Ya puedo ser del club?

—No —dijo Judy.

—Parece mentira que no resbale.

—Espera y verás —le avisó Rocky.

—¿No me van a salir verrugas ni
nada de eso, verdad?

—¿No notas nada?

—No.

—En fin —dijo Judy—. Deja la rana

ahí. ¿La ves? No puedes ser del club.

—¡Pues yo he tenido la rana y quiero ser del club! —Stink se echó a llorar.

—No llores. Hazme caso, Stink, no te gustaría ser de este club.

En ese momento su hermano puso unos ojos como platos. Sentía algo cálido y húmedo en la mano. Judy Moody y Rocky se partieron de risa.

—¿Ya estoy en el club?

—¡Sí, sí, sí! —exclamaron Judy y Rocky—. ¡El club de la Rana Meona!

Lo peor de todo

El Día D, el Día del Juicio, el Día Tonto, el sábado: el día de la fiesta de cumpleaños de Frank Pearl, el que toma cola de pegar. «Prefiero mucho antes tomar cola de pegar que ir a esa dichosa fiesta», pensó Judy.

Durante tres semanas Judy había dejado escondida la invitación de cumpleaños dentro de la caja de un juego que no les gustaba nada a sus padres y donde NUNCA la encontrarían, pero no fue así: su padre se enteró el mismo día de la fiesta.

A Judy Moody se le ocurrió pedirle que la llevara a la tienda de mascotas a por comida para ranas. Estaba mirando una caja de renacuajos con huevos de rana de verdad —«¡Contempla cómo los renacuajos se hacen ranas! ¡Cómo se quedan sin cola y les crecen las patas!», decía la etiqueta— con idea de convencer a su padre de que se la comprase, cuando se encontró de golpe con otra caja igual. La tenía la madre de Frank.

—¡Judy! ¡Qué gracia! Hemos pensado en el mismo regalo para Frank. Pensé que le encantaría. ¡Estaba a punto de comprarle la misma caja!

—Esto, yo no... Me refiero a que usted sí.

—Frank está deseando verte en su fiesta.

—¿Fiesta? —el padre aguzó los oídos—. ¿Qué fiesta?

—¡La de Frank! Soy su madre.

—Mucho gusto en conocerla.

—El gusto es mío. Hasta la tarde, Judy. Adiós.

La señora Pearl devolvió la caja al estante.

—A Frank le ENCANTAN los reptiles —se despidió.

«Anfibios», pensó Judy.

—Judy, ¿por qué no me dijiste que

necesitabas venir a por el regalo de cumpleaños de tu amigo? ¿Me habías dicho que tenías que ir hoy a una fiesta?

—No.

En el coche, Judy trató de convencer a su padre de que en la fiesta habría chicos haciendo ruidos groseros e insultándose con nombres de animales.

—Te lo pasarás bien.

—Pues Frank Pearl toma cola de pegar.

—Mira. Ya tienes la caja de renacuajos.

—Yo creía que iba a ser para mí.

—Pero la señora Pearl dejó la suya al verte. No puedes negarte, Judy.

—¿Tengo que envolverla?

La respuesta estaba clara, a juzgar por la cara que puso su padre.

Judy Moody envolvió aquel regalo inmerecido para alguien que come cola de pegar con página aburrida de periódico (no la de los cómics). La fiesta empezaba a las dos, pero les dijo a sus padres que no empezaba hasta las cuatro, con lo que sólo tendría que ir durante los últimos e insoportables minutos.

Toda la familia fue en coche a casa de Frank Pearl, incluso Ranita, a la que Stink había metido en un envase de yogur. Judy tomó el regalo forzoso de

Frank y se dejó caer de mal humor en el asiento de atrás. ¿Por qué tenía que ir Rocky a ver a su abuela precisamente hoy?

—¡Judy está llorando! —informó Stink al asiento delantero.

—¡De eso nada! —saltó ella con su peor mirada de trol—. Esperad aquí —les pidió al llegar a la casa de Frank.

—Ve y pásatelo bien —dijo su padre—. Volveremos a por ti dentro de media hora. Cuarenta minutos como máximo.

—Sólo vamos al supermercado —añadió su madre.

Pero era igual que si se fueran a Nueva Zelanda.

La señora Pearl abrió la puerta.

—¡Judy! Creíamos que ya no ibas a venir. Vamos al jardín de atrás. ¡Frank! Ha venido Judy, cariño.

Echó un vistazo al jardín y no vio más que chicos. Chicos tirándose insectos, chicos mezclando chocolate con ketchup y chicos realizando experimentos con un saltamontes.

—¿Dónde están los demás?

—No hay nadie más, cariño. Maggie, la hermana pequeña de Frank, ha ido a casa de una amiga. Creo que ya conoces a todos del colegio. También están los vecinos Sandy y Adrian.

Sandy era un chico, igual que

Adrian. ¡Frank Pearl se había burlado de ella! Las «vecinas» eran chicos. Ella, Judy Moody, era la única chica. Ella sola. ¡En la fiesta de cumpleaños de Frank Pearl todo chicos menos ella!

A Judy le entraron ganas de subir por la cuerda del columpio de Frank y aullar como un mono del trópico. Pero se limitó a preguntar:

—¿Dónde está el baño?

Decidió quedarse allí para siempre, por lo menos hasta que sus padres volvieran de Nueva Zelanda. La fiesta de Frank Pearl sólo para chicos era LO PEOR QUE LE HABÍA PASADO en su vida.

Judy buscó algo que hacer.

Destapó un lápiz de ojos y añadió más dientes nuevos a la camiseta del tiburón que había llevado el primer día de clase. Qué curioso.

Toc, toc.

—¿Estás ahí, Judy?

Abrió enseguida el grifo para que la señora Pearl creyera que estaba lavándose las manos.

—¡Un momento! —exclamó.

Se echo agua por encima para mojarse la camiseta. Los afilados dientes nuevos del tiburón se emborronaron. Judy abrió la puerta.

—Frank iba a abrir tu regalo, pero

no te encontrábamos.

Una vez fuera. Brad señaló la camiseta mojada de Judy.

—¡Mirad chicos! ¡Es un tiburón!
¡Con sangre negra chorreando por la boca!

—¡¡Mola!!

—¡Guau!

—¿Cómo lo has hecho?

—Talento. Y agua.

—¡Guerra de agua! —Brad tomó un vaso de agua y se lo tiró a Adam, Mitchell le tiró otro a Dylan, y Frank se echó uno por la cabeza y sonrió.

Un silbido de la señora Pearl puso fin a la batalla de agua.

—¡Dylan! ¡Brad! Han venido vuestros padres. No os dejéis las chucherías que os han tocado.

La señora Pearl se las dio al salir. Cuando le llegó el turno a Judy, ya no quedaban.

—He debido de hacer mal las cuentas...

—O Brad se ha llevado dos —dijo Frank.

—Mira, Judy. Había comprado chucherías, pero se me han acabado —y le dio una cajita de plástico transparente con una colección de piedras y gemas en miniatura. Jades y amatistas diminutas. Hasta un ámbar reluciente.

—¡Gracias, señora Pearl! —
agradeció Judy muy contenta—. Me
encanta coleccionar piedras y cosas.
¡Una vez mi hermano se creyó que había
encontrado una roca lunar auténtica!

—Frank también hace colecciones.
Ya se han ido todos los chicos, Frank.
¿Por qué no llevas a Judy a tu cuarto y
se lo enseñas mientras vienen sus
padres?

—Vamos. ¡El último, moco verde!
—exclamó Frank.

Judy estaba segura de que hacía
colección de frascos de cola de pegar.
Probablemente se los tomaba a
medianoche como tentempié.

Las baldas de Frank Pearl estaban repletas de latas de café y potitos. En cada uno había canicas, insectos de goma, borradores, de todo. Judy no pudo contenerse y preguntó:

—¿Tienes gomas de borrar en forma de bate de béisbol?

—¡Diez! Las conseguí gratis cuando vino a la biblioteca uno del equipo de los Oriole.

—¿Ah sí? ¡Yo también! —sonrió Judy. A punto estuvo de gritar «Igual-igual», pero se contuvo a tiempo.

—Voy a poner una en mi collage, junto a mi insecto favorito, una cigarra, en AFICIONES, ya sabes, hacer

colecciones.

—También es mi afición.

Además tenía dos sacapuntas —una Estatua de la Libertad y un cerebro— y una libreta de Vic's. Frank Pearl le enseñó una moneda de diez centavos con un búfalo, que guardaba en una hucha con doble cerradura.

—No es una colección de verdad, porque no tengo más que una.

—Está muy bien.

Frank tenía además una fabulosa colección de cómics, algunos muy antiguos. Para remate, hasta coleccionaba pastillas de jabón en miniatura, con nombres de hoteles en los

envoltorios.

Judy se olvidó de que quería irse.

—¿Qué es eso?

—Una planta carnívora. Atrapa insectos. Creen que es una flor y por eso se posan en ella, y la planta se los come.

—¡Qué curioso! Yo tengo una Venus atrapamoscas que se llama Mandíbulas.

—Ya lo sé. Estuvo muy bien cuando la llevaste a clase y se comió la hamburguesa y te dejó la mochila hecha una peste y todo eso.

—¡Frank! ¡Judy! ¡Ya han venido los padres de Judy!

—Me tengo que ir.

—Pues gracias por la caja de

renacuajos —dijo Frank doblando una pata de la cigarra de goma de su colección.

—Oye, ¿es verdad que te comes la cola de pegar?

—Sólo una vez comí. Por una apuesta.

—¡Qué raro!

Peor todavía

La jornada de Judy empezó fatal. Fue el día en que Stink, su maloliente hermano, el que había vendido tierra por polvo lunar, iba a ir con su clase a Washington DC, a ver la casa del presidente.

Y su madre y su padre también iban.

Su muy abnegada hija tenía que quedarse en casa a terminar el collage. A ella, Judy Moody, le quedaban varios huecos por rellenar.

—Creo que tengo un agujero en el cerebro —informó Judy a su familia—.

No se me ocurre ya nada interesante que poner en el collage.

Judy se hundió en el sofá de la sala de estar como un globo pinchado.

—Me podrían pasar cosas más interesantes en Washington DC.

—Ya sabes que sólo van los de Segundo, cariño —dijo su madre.

—¡Grrr!

—A lo mejor volvemos tarde —le avisó su padre—. Puedes ir a casa de Rocky al salir de clase y así termináis juntos los trabajos.

—Lo pasaréis bien —su madre intentó animarla—. Además, ¿no ibas a ir hoy a una reunión para la Semana del

Cepillado de Dientes?

¡Lo había olvidado! Una razón más para enfadarse. Stink iba a codearse con el presidente y Judy Moody a darse la mano con don Diente y don Hilo Dental.

Stink entró andando como un pato en la sala de estar. Iba envuelto en la bandera de rayas rojas y blancas, parecía un mantel.

—¿Qué es eso? —preguntó Judy.

—Un disfraz para mi trabajo «Tú eres la bandera». Yo soy la bandera.

—Stink, no es que tú seas la bandera. Tienes que contar lo que la bandera significa para ti.

—Para mí significa que soy la

bandera.

—¿Qué llevas en la cabeza?

—Un sombrero. Mira, cada estrella es un estado, igual que en la bandera. Una por cada uno de los cuarenta y ocho estados.

—¿Sabes qué? Hay cincuenta estados, Stink.

—No. Los he contado. Los he estado viendo en un mapa.

—Vuelve a contar. Seguro que te has olvidado de Hawai y Alaska.

—¿Crees que el presidente se dará cuenta?

—Stink, el presidente es el que hizo los estados. Claro que se dará cuenta.

—Está bien, está bien. Pegaré otros dos.

—Es increíble, todos los de Segundo escriben un poema a la bandera o hacen un dibujo para el trabajo, pero mi hermano es una bandera humana.

—¿Qué tiene de malo?

—Que pareces una momia con barras y estrellas y andas como un pato. Eso tiene de malo.

—Tengo que fijarme en un salón donde todo es de oro de verdad. Hasta las cortinas y las colchas. Según Heather Strong, las lámparas son de diamantes.

—Heather Strong miente —
sentenció Judy.

Era inútil. Tendría que cambiar el collage. La fiesta de cumpleaños de Frank ya no era LO PEOR DE TODO. ¡Frank Pearl había comido cola de pegar por una apuesta! Además, le había dado seis hormigas y una mosca para Mandíbulas.

Era muchísimo PEOR TODAVÍA no ver al presidente de sus propios cincuenta Estados Unidos. Toda su familia, hasta su hermano, la bandera humana, se iba a Washington DC, mientras ella, Judy Moody, se quedaba a escuchara un diente parlante.

Lo más divertido

Llovía a cántaros. Judy sabía que su padre no la dejaría ir a la escuela sin paraguas, y el único que tenía era uno muy cursi, amarillo, de cuando estaba en Primero. Se caló hasta los huesos, pero con tal de no llevar ese paraguas de niña pequeña... Seguro que el sol brillaba en casa del presidente, pensaba Judy. Se sentía como un banco mojado bajo la lluvia.

—Frank también quiere venir a mi casa al salir de clase —le contó Rocky en el autobús—. Además, tengo un

billete nuevo de diez dólares y podemos ir a Vic's a comprar algo especial.

—¿Venden oro de verdad en Vic's?

En Ortografía, Judy escribió «hucha», cuando en realidad el señor Todd había dicho «ducha». En Ciencias, se le cayó la madeja de hilo que Jessica le había lanzado para hacer una tela de araña gigante, con tan mala suerte que salió por la puerta de clase justo cuando pasaba por allí la señora Tuxedo, la directora. Y en la reunión de la Semana del Cepillado de Dientes, don Diente la eligió a ella para que hiciera de caries, en el escenario, delante de todo el colegio.

No se le iba de la cabeza la idea de que Stink estuviera en casa del presidente y ella no. Él estaría viendo un montón de cosas de oro de verdad. ¿Daría la mano al presidente? ¿Se sentaría en una silla de oro?

—¿Pueden hablar las banderas? —le preguntó a Frank.

—¡Sólo si son banderas parlanchinas!

Fue la gota que colmó el vaso. Sería imposible vivir con Stink después de haber estado en casa del presidente.

En el autobús de vuelta a casa, Rocky le enchufó agua con su moneda mágica de veinticinco centavos a Frank

quien, tras quejarse, se secó con la manga. Judy aparentó que le había hecho gracia, pero en realidad estaba pensando que en ese momento Stink estaría acariciando al cachorrillo del presidente. Contesto con un gruñido cuando Rocky exclamó:

—¡Qué ganas tengo de ir a Vic's!

Corrieron entre los charcos hasta el supermercado. Rocky no se entretuvo en cruzar China y Japón de la forma adecuada.

—¿A qué vienen tantas prisas? —preguntó ella.

—Necesito una cosa, pero no queda más que una ¡y no quiero volver sin ella!

Una vez en el supermercado, Rocky fue derecho al mostrador.

—Aquí es. ¡Todavía queda una!

Judy se puso de puntillas para mirar dentro de una caja colocada encima del mostrador. En el fondo había... una mano. ¡Una mano humana! Judy estuvo a punto de gritar. Lo mismo que Frank, hasta que se dieron cuenta de que era de goma.

—¿Qué os parece? —preguntó Rocky.

—Curiosa —respondió Judy.

—¡Estupenda! —se entusiasmó Frank—. Parece de verdad. ¡Con uñas y todo!

Rocky compró la mano y tres bolas de fuego.

—¿Qué vas a hacer con esa mano?
—preguntó Frank.

—No lo sé, pero me gusta.

Al llegar a casa de Rocky, Judy se puso a trabajar en su collage. Pero no estaba de humor para poner LO MÁS DIVERTIDO. Era como si las cosas divertidas que le habían pasado se hubieran esfumado de su cabeza.

Rocky enseñó su collage terminado a Judy y Frank.

—En DÓNDE VIVO he puesto Thomas Jefferson asomado a la ventana de mi casa. Lo he recortado de un billete

de jugar.

—¡Qué bien! —le felicito Frank—. Como es la calle Jefferson...

—El trozo de tela es parte del cabestrillo de cuando me rompí el brazo, LO PEOR DE TODO. Y un rollo de papel higiénico por el club RM, un club secreto al que pertenezco —informó Rocky, mirando de reojo a Judy.

—¿Qué club es ese del papel higiénico?

—Si te lo digo, ya no es secreto.

—¿Quién es éste? —preguntó entonces Frank señalando a un lagarto.

—Houdini, MI MASCOTA FAVORITA.

—¿Y ese tipo que atraviesa una pared de ladrillo?

—Ése es mi favorito. Mi madre me hizo una copia de una foto de Harry Houdini de un libro de la biblioteca.

Judy tocó una cabeza de ajo.

—¿Quieres espantar a los vampiros o qué?

—Eso es de una vez que me comí una cabeza entera de ajo sin querer. ¡LO MÁS DIVERTIDO fue el pestazo que eché durante una semana!

—¡Como cuando Mandíbulas se comió aquella hamburguesa! —se rió Frank.

—Como Stink cuando se quita los

zapatos —dijo Judy.

—¿Éste eres tú?

—Soy yo con gorro de mago haciendo desaparecer una pecera.

—Podrías hacer desaparecer a Stink —le sugirió Judy.

—Qué pena que lo haya terminado —dijo Rocky—. Habría estado bien poner la mano de goma en el collage.

Fue entonces cuando se le ocurrió. ¡Menuda idea! La más divertida de todas. Dio vueltas por la cabeza de Judy y aterrizó como una nave espacial.

—¡Rocky! ¡Eres genial! Vamos a mi casa —ordenó Judy—. Y trae la mano.

—En tu casa no hay nadie, podemos

meternos en un lío. ¡Estás loca!

—¡Exacto! Vamos. Hay una llave escondida en la tubería del canalón.

—¿Se te ha olvidado algo? — preguntó Frank.

—Sí. ¡Se me ha olvidado gastarle una broma a Stink!

Una vez dentro, Judy corrió por toda la casa en busca del sitio perfecto donde dejar la mano, un lugar que Stink encontrara enseguida. ¿El sofá? ¿El acuario de Ranita? ¿El frigorífico? ¿Debajo de la almohada?

¡El cuarto de baño!

Judy bajó al servicio, levantó la tapa del váter, sólo un poco, y dejó allí la

mano asomando las uñas.

—¡Parece de verdad! —se sorprendió Rocky.

—Le va a dar un susto que se va a olvidar hasta del presidente —dijo Judy—. Seguro.

Volvieron a casa de Rocky y se pusieron los tres a mirar por la ventana del cuarto. En cuanto se asomaba un coche por la calle gritaban:

—¡Son ellos!

Hasta que Judy vio la furgoneta azul.

—¡Corred! ¡Están llegando a la entrada!

Stink estaba tan emocionado hablando de la casa del presidente con

Judy, Rocky y Frank, que Hawai y Alaska se le cayeron del sombrero.

«¿Por qué no va al cuarto de baño?», pensó Judy.

—En casa del presidente hay un cine, ¡lo juro! Y una sala con una puerta secreta, es verdad, y hasta un reloj que te dice cuándo tienes que bañarte —decía atropelladamente Stink.

—¡Qué curioso! —soltó Judy—. Justo lo que tú necesitas.

«Ve al cuarto de baño, Stink», deseó para sus adentros. Éste dejó de hablar, como si lo hubiera oído. Entró en el cuarto de baño con el sombrero balanceándose sobre la cabeza y cerró

la puerta. Se oyó el pestillo.

El padre y la madre preguntaron a Judy por la reunión con don Diente, aunque ella sólo estaba atenta al cuarto de baño.

—¡AAAAAHHHHH!

Stink salió disparado del baño, con las estrellas volando por los aires y el sombrero caído en el suelo.

—¡Eh! ¡Papá! ¡Mamá! ¡Hay alguien en el váter!

Judy Moody, Rocky y Frank Pearl se tiraban por el suelo de risa.

Mi collage

Al día siguiente, Stink miraba cómo Judy terminaba el collage al salir de clase.

—Prácticamente terminado. Hay que entregarlo mañana.

Stink señaló con el dedo.

—Te queda un sitio vacío al lado del dibujo de Mandíbulas.

Entonces Judy pegó con cuidado una mano de muñeca de su colección en ese lugar.

—Ya no —repuso.

—¿Y esa mano? ¿Es por la broma

que me gastaste?

—Sí. Es LO MÁS DIVERTIDO que me ha pasado en mi vida.

—¿Y le vas a contar a toda la clase que yo creí que había una mano en el váter?

—Voy a hacerte famoso, Stink.

—¿No puedes poner otro nombre o qué?

—O qué —repitió Judy irónicamente.

Cuando se levantó a la mañana siguiente estaba otra vez lloviendo a cántaros. Tuvo el presentimiento de que se le venía encima un viernes de malos humos.

—Vamos a meter el collage en una bolsa de basura para que no se moje — sugirió su padre cuando ella lo bajó.

—Papá, no voy a llevar el collage en una bolsa de basura.

—¿Por qué no?

—¿Llevó Van Gogh su Noche estrellada en una bolsa de basura?

—En eso lleva razón —la apoyó su madre.

—Seguro que no se habían inventado todavía. Hazme caso, si hubiera tenido bolsas de basura, Van Gogh no hubiera dudado en emplearlas.

—Cariño, ¿por qué no te vas en autobús y te lo lleva papá al colegio

después de pasarse por el dentista con Stink? Él va a llevar hoy a Ranita al colegio, así que papá tiene que ir de todas maneras.

—Quiero llevarlo yo misma. Así me aseguro de que no le va a pasar nada.

—¿Qué iba a pasarle? —preguntó su madre.

—Podría haber un tornado —intervino Stink— y el viento se lo llevaría y lo atropellaría un autobús.

—Tampoco te pases —le espetó Judy.

—Tienes muchas más cosas que llevar —dijo su padre.

En eso llevaba razón, estaba el

sándwich, la bata de laboratorio para vestirse de médica durante su charla, Sara Secura, el maletín y muchas tiritas.

—Está bien —consintió—, pero que no se te arrugue ni se te moje y llévalo a las once y... no dejes que Stink le haga nada.

Lanzó a su hermano una de sus miradas de trol.

—Tendremos cuidado —su padre la tranquilizó.

Judy se fue en autobús con Rocky, que por enésima vez practicó con ella lo del chorro de su moneda mágica.

—¡Está bien! ¡Ya sabemos que funciona! —gruñó secándose la cara.

Rocky se partía de la risa.

Judy se pasó la mañana imaginando las cosas que podían ocurrirle a su collage: como caerse en un charco cuando su padre abriera el coche, o que Ranita se escapara del bolsillo de Stink y orinara encima del collage... o que hubiera un tornado, como había dicho Stink.

Dieron las once y el collage no había llegado todavía. Ni rastro de Stink ni de su padre.

Judy era incapaz de escuchar a los demás chicos cuando mostraban sus collages: tenía los ojos clavados en la puerta del aula.

—Judy, ¿quieres explicamos el tuyo?

—el señor profesor se dirigió a ella.

—Prefiero ser la última.

—¿Frank?

—Yo también, detrás de Judy.

Ésta miró el pupitre de su compañero.

—¿Y tu collage?

—No lo he traído. Bueno, es que no lo he terminado porque no tengo ningún CLUB que poner —susurró Frank—. ¿Dónde está el tuyo?

—Tendría que haberlo traído mi hermano.

Volvió a mirar a la puerta. ¡Allí estaba! Stink le hizo señas para que

saliera al pasillo. Stink tenía mala cara.

—¿Pasa algo? —preguntó Judy.

—Si te lo cuento, te vas a subir por las paredes.

—¿Dónde está? ¿Se te ha caído en un charco? ¿Se ha meado encima Ranita?

—No. No es eso.

—¿Entonces?

—Papá está en el lavabo de chicos secándolo.

Judy se fue allí corriendo, empujó la puerta y entró muy decidida. Había papel higiénico por todas partes.

—¡Papá!

—¡Judy!

—¿Se ha estropeado? Déjame verlo.

El padre le mostró el collage. Tenía una gran mancha morada en pleno centro, no del tamaño de un dólar de plata, sino del tamaño de un pastel. ¡Un gran triángulo irregular, un lago de color vino flotando en medio de su collage!

—¿Qué ha pasado?

—Estaba bebiendo zumo... —explicó Stink, que se había quedado en la puerta— con una pajita y... Lo siento.

—¡Stink! ¡Lo has destrozado! ¡Papá! ¿Cómo le has dejado beber zumo en el coche?

—No es para tanto. Parece que forma parte del collage. Ya hablaré yo

con el señor Todd para que te deje arreglarlo el fin de semana. Ahora tápalo como puedas.

—A lo mejor podemos borrarlo...
—dijo Stink— con una goma gigante.

—Déjame ver —Judy sostuvo en alto el collage, mirándolo de arriba abajo. La mancha morada no impedía que se viera a la doctora Judy Moody en el bosque tropical. Tampoco se había caído ninguna tirita.

—No importa —dijo Judy.

—¿Que no importa? —preguntó su padre.

—No. Peor hubiera sido lo del tornado o el autobús.

—¿De verdad? —preguntó extrañadísimo Stink—. ¿Ya no vas a meterme en la cama un pie de goma ni nada de eso?

—No —dijo Judy a su hermano con una sonrisa—. Pero es una buena idea.

—Mira, cariño. Sé lo que te ha costado hacerlo. Lo arreglaremos.

—Ya sé lo que vamos a hacer. Stink, déjame tu rotulador negro.

Salieron al pasillo y Stink sacó el rotulador de la mochila. Judy extendió el collage en el suelo y rodeó con una raya negra el gran triángulo morado.

—¿Estás chiflada? —le preguntó su hermano—. Así se va a notar más.

—Eso es lo que quiero. Así parecerá que lo he hecho aposta.

—Me gusta mucho cómo has sacado partido a un accidente así —la felicitó su padre.

—¿Qué es? —preguntó Stink.

—Virginia. El estado de Pocahontas y Thomas Jefferson. El sitio DONDE VIVO.

Tiritas y helado

Cuando Judy volvió a clase, se puso la bata de médico, se plantó en medio de sus compañeros y sostuvo el collage en alto. Estaba muy orgullosa, como si su hermano no hubiera estado a punto de arruinarle su obra maestra con el zumo. Procuró hacerles ver que quería ser médica y mejorar el mundo; y que también podía controlar su mal humor.

Habló de ella y de su familia, sin olvidar cuando Stink vendió polvo lunar, lo cual explicaba por qué su hermano era un puñado de tierra. Siguió con el

dedo las fronteras de Virginia para indicar dónde vivía. Habló de su mejor amigo Rocky y de su nuevo amigo Frank. Señaló una tapa de un frasco de cola de pegar que había puesto en una esquina y contó a la clase que una vez Frank se la había comido por una apuesta.

—¿Ésa es Mandíbulas? —preguntó Brad—. ¿La que come insectos?

—Sí. Tengo una gata, pero Mandíbulas es MI MASCOTA FAVORITA. Cuando sea médica de mayor, quiero ir al bosque tropical para buscar nuevas plantas medicinales y así curar enfermedades raras.

Judy señaló la mesita de la pizza que

le había dado el señor Todd y otras cosas que había puesto en el apartado de AFICIONES. Contó que era miembro del club RM, pero que no podía decir lo que significaba.

Explicó por qué eso era LO PEOR QUE LE HABÍA PASADO. Lo que más gustó de su collage fue la mano de la muñeca saliendo de una foto de un váter. Judy les contó cómo lo peor se había transformado en LO MÁS DIVERTIDO.

—¿Alguna pregunta? —se dirigió a la clase.

—¿Quién es la señora mayor? —preguntó Frank.

Judy explicó que era Elizabeth

Blackwell, la primera mujer médica, y luego hizo una demostración de sus habilidades profesionales: puso a Rocky el brazo en cabestrillo y le vendó la rodilla a Frank. Sacó del maletín la sangre de juguete y utilizó de modelo a Sara Secura para explicar cómo poner tiritas.

—Eso es todo. Ésa soy yo, Judy Moody.

—Buen trabajo, Judy —la felicitó el señor Todd—. ¿Algún comentario?

—Me gusta cómo has pintado Virginia en medio del collage para mostrar dónde vives —dijo Jessica—, en vez de poner una foto de tu casa.

—Esas tiritas con tatuajes molan —
añadió Dylan—. Tengo una ampolla.
¿Me das una?

—¡Y yo un padrastro!

—¡Y yo me he cortado con el papel!

—¡Y a mí me ha picado un
mosquito!

En un abrir y cerrar de ojos, toda la
clase llevaba tiritas de tatuajes.

—Judy Moody, eres una agitadora
—dijo el señor Todd.

—¿Ah sí? ¿Qué significa?

El señor Todd se rió.

—Digamos que significa que tienes
imaginación.

El temible viernes de malos humos

se había convertido en un día espléndido.

Y aún no había terminado.

Cuando iba hacia el autobús por la tarde, su padre y su madre estaban esperándola a ella y a su hermano para tomar un helado.

—Yo quiero ese helado azul. Niebla del Bosque Tropical. ¡Como vosotros!

Stink no paraba de saltar, sujetándose el bolsillo donde guardaba a Ranita.

—¿Le ha gustado Ranita a tu profesora? —preguntó Judy.

—Sí, pero por poco entra en el club de la Rana Meona.

Judy soltó una carcajada.

—Papá, mamá, ¿puedo invitar a Rocky y a Frank?

—Una buena idea —contestaron.

Judy Moody se tomó un Niebla del Bosque Tropical con chocolate por encima, su favorito. Estaba de un buen humor como no había estado nunca.

Stink sacó a Ranita del bolsillo y la puso sobre la mesa de la terraza. Ranita dio un salto hasta una gota azul que había chorreado del cono del helado de Rocky.

—¡A Ranita le gusta el Niebla del Bosque Tropical! —exclamó encantado Rocky.

—Oye, Frank —preguntó Judy—, ¿cuándo vas a terminar tu collage?

—El señor Todd me ha dicho que puedo llevarlo el lunes.

—¿Todavía no lo has hecho? —preguntó Rocky.

—No puedo poner nada en CLUBES. Según el diccionario, hacen falta tres o más personas.

Judy, Rocky y Stink se miraron a la vez y después Judy le propuso a Frank:

—Si sujetas a Ranita, entras en un club.

—¿De verdad?

—De verdad de la buena —contestaron a la vez Judy y Rocky.

Frank arrugó la nariz.

—No lo pillo.

Rocky se rió.

—Ya verás como sí.

Frank levantó a Ranita con una mano.

—Hazlo con las dos —aclaró Judy.

—Así —Rocky hizo un hueco con ambas manos.

—Cógela un rato —dijo Stink.

—Sigo sin pillarlo.

—Seguro que lo pillas —aseguraron los tres. Un segundo después, Frank sintió algo cálido y húmedo. Se puso bizco y todos se tiraron por el suelo de la risa.